TAMBIÉN EL AMOR ALEJA...

Excelsior, 30 de mayo de 1931, núm. 901[143].

(Julián tiene treinta y tres años; Margarita, veintiocho. Se habían conocido tres años atrás y el contraste de sus caracteres, él tan pinturero y tan seriota ella, les unió inmediatamente en una rara amistad. Él, muy embriagado en la frivolidad de sus amores y amoríos, encontraba un encanto sutil en la gravedad, muy a tono con la discreta mansedumbre de los ojos, con que ella pretendía —según propia frase— "hacerle ver que no hay que jugar con almas y corazones igual que se juega con muñecas". Julián gozaba haciendo rabiar a Margarita, con escandalosas paradojas. —¿Por qué se arreglan tanto las mujeres?— Solía decir. Para gustar, ¿no? Pues, darles por el gusto; hay que gustar de ellas…

En la sala, sobria de líneas y de adornos, vuelven esta tarde perfumada de mayo a sus charlas confidenciales. Julián se ha hundido en una butaca de mimbre, bien repleto de mullidos almohadones; Margarita ha preferido la mecedora porque la cadencia isócrona de sus oscilaciones presta a sus palabras un rítmico acompañamiento)

Margarita. —¿Estás cómodo en esa butaca? La acaban de traer de Bilibid[144]…

Julián. —Me gusta como está. El mimbre es algo refinado, casi diría espiritual… No tiene la pesadez de los muebles de *narra*.

Margarita. —¡Frívolo como siempre!

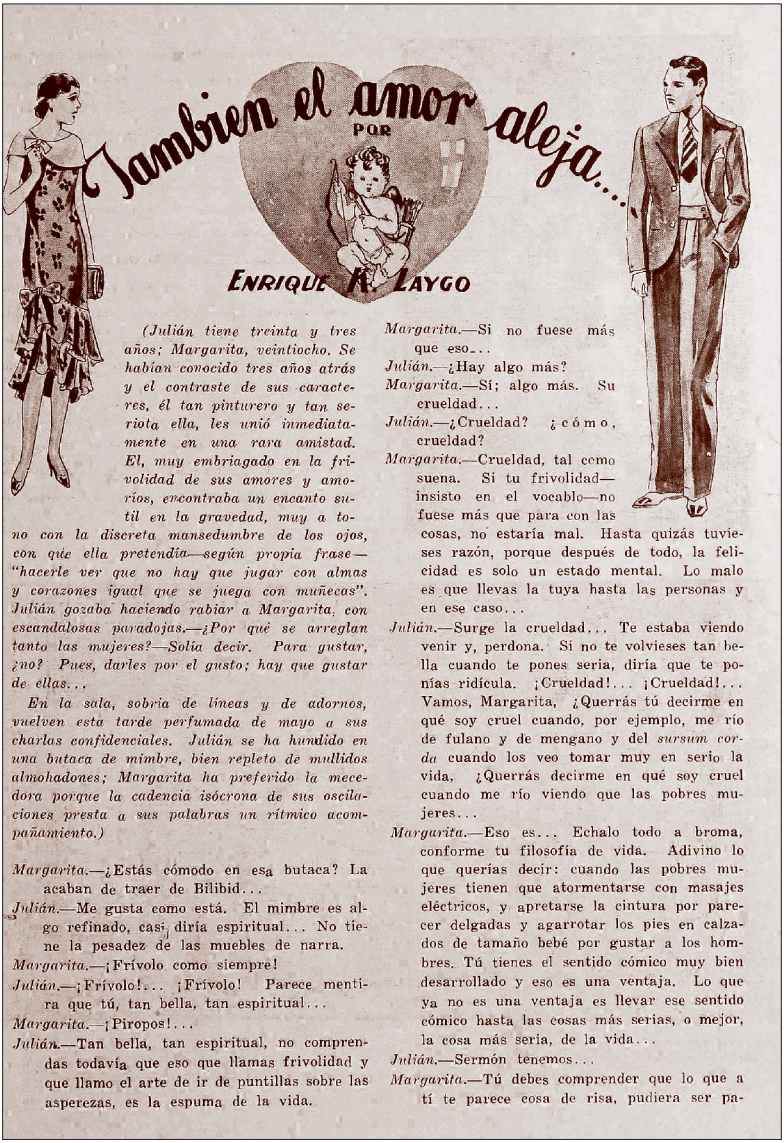
Julián. —¡Frívolo!... ¡Frívolo! Parece mentira que tú, tan bella, tan espiritual…

Margarita. —¡Piropos!...

Julián. —Tan bella, tan espiritual, no comprendas todavía que eso

[143] Localizado por José María Fons en la Biblioteca Histórica de Filipinas en el Museo Ayala. Transcrito del original que se encuentra en la Biblioteca Rizal de la Universidad Ateneo de Manila, que carece de paginación.

[144] Cárcel de Manila. Con sentido sarcástico se dice que la silla es de Bilibid, de un preso. Esta frase era muy usual en la época. Agradecemos a Isaac Donoso sus apreciaciones.



También el amor aleja...

POR

ENRIQUE K. LAYGO

(Julián tiene treinta y tres años; Margarita, veintiocho. Se habían conocido tres años atrás y el contraste de sus caracteres, él tan pinturero y tan seriota ella, les unió inmediatamente en una rara amistad. El, muy embriagado en la frivolidad de sus amores y amoríos, encontraba un encanto sutil en la gravedad, muy a tono con la discreta mansedumbre de los ojos, con que ella pretendía—según propia frase—"hacerle ver que no hay que jugar con almas y corazones igual que se juega con muñecas". Julián gozaba haciendo rabiar a Margarita, con escandalosas paradojas.—¿Por qué se arreglan tanto las mujeres?—Solía decir. Para gustar, ¿no? Pues, darles por el gusto; hay que gustar de ellas...

En la sala, sobria de líneas y de adornos, vuelven esta tarde perfumada de mayo a sus charlas confidenciales. Julián se ha hundido en una butaca de mimbre, bien repleto de mullidos almohadones; Margarita ha preferido la mecedora porque la cadencia isócrona de sus oscilaciones presta a sus palabras un rítmico acompañamiento.)

Margarita.—¿Estás cómodo en esa butaca? La acaban de traer de Bilibid...

Julián.—Me gusta como está. El mimbre es algo refinado, casi, diría espiritual... No tiene la pesadez de las muebles de narra.

Margarita.—¡Frívolo como siempre!

Julián.—¡Frívolo!... ¡Frívolo! Parece mentira que tú, tan bella, tan espiritual...

Margarita.—¡Piropos!...

Julián.—Tan bella, tan espiritual, no comprendas todavía que eso que llamas frivolidad y que llamo el arte de ir de puntillas sobre las asperezas, es la espuma de la vida.

Margarita.—Si no fuese más que eso...

Julián.—¿Hay algo más?

Margarita.—Sí; algo más. Su crueldad...

Julián.—¿Crueldad? ¿cómo, crueldad?

Margarita.—Crueldad, tal como suena. Si tu frivolidad—insisto en el vocablo—no fuese más que para con las cosas, no estaría mal. Hasta quizás tuvieses razón, porque después de todo, la felicidad es solo un estado mental. Lo malo es que llevas la tuya hasta las personas y en ese caso...

Julián.—Surge la crueldad... Te estaba viendo venir y, perdona. Si no te volvieses tan bella cuando te pones seria, diría que te ponías ridícula. ¡Crueldad!... ¡Crueldad!... Vamos, Margarita, ¿Querrás tú decirme en qué soy cruel cuando, por ejemplo, me río de fulano y de mengano y del *sursum corda* cuando los veo tomar muy en serio la vida, ¿Querrás decirme en qué soy cruel cuando me río viendo que las pobres mujeres...

Margarita.—Eso es... Echalo todo a broma, conforme tu filosofía de vida. Adivino lo que querías decir: cuando las pobres mujeres tienen que atormentarse con masajes eléctricos, y apretarse la cintura por parecer delgadas y agarrotar los pies en calzados de tamaño bebé por gustar a los hombres. Tú tienes el sentido cómico muy bien desarrollado y eso es una ventaja. Lo que ya no es una ventaja es llevar ese sentido cómico hasta las cosas más serias, o mejor, la cosa más seria, de la vida...

Julián.—Sermón tenemos...

Margarita.—Tú debes comprender que lo que a tí te parece cosa de risa, pudiera ser pa-

Reproducción del original publicado en la revista Excelsior, 30 de mayo de 1931, del ejemplar existente en la Biblioteca Histórica de Filipinas en el Museo Ayala.

que llamas frivolidad y que llamo el arte de ir de puntillas sobre las asperezas, es la espuma de la vida.

Margarita. —Si no fuese más que eso…

Julián. —¿Hay algo más?

Margarita. —Sí; algo más. Su crueldad…

Julián. —¿Crueldad? ¿cómo, crueldad?

Margarita. —Crueldad, tal como suena. Si tu frivolidad —insisto en el vocablo— no fuese más que para con las cosas, no estaría mal. Hasta quizás tuvieses razón, porque después de todo, la felicidad es sólo un estado mental. Lo malo es que llevas la tuya hasta las personas y en ese caso…

Julián. —Surge la crueldad… Te estaba viendo venir y, perdona. Si no te volvieses tan bella cuando te pones seria, diría que te ponías ridícula. ¡Crueldad!... ¡Crueldad!... Vamos, Margarita. ¿Querrás tú decirme en qué soy cruel cuando, por ejemplo, me río de fulano y de mengano y del *sursum corda* cuando los veo tomar muy en serio la vida? ¿Querrás decirme en qué soy cruel cuando me río viendo que las pobres mujeres…?

Margarita. —Eso es… Échalo todo a broma, conforme tu filosofía de vida. Adivino lo que querías decir: cuando las pobres mujeres tienen que atormentarse con masajes eléctricos, y apretarse la cintura por parecer delgadas y agarrotar los pies en calzados de tamaño bebé por gustar a los hombres. Tú tienes el sentido cómico muy bien desarrollado y eso es una ventaja. Lo que ya no es una ventaja es llevar ese sentido cómico hasta las cosas más serias, o mejor, la cosa más seria de la vida…

Julián. —Sermón tenemos…

Margarita. —Tú debes comprender que lo que a ti te parece cosa de risa, pudiera ser para los demás una cosa sagrada. Cuando tú, por ejemplo, vas por ahí luciendo tus gallardías…

Julián. —¡Piropos!...

Margarita. —Y conquistando corazones…

Julián. —Quizá fuera mejor, siendo conquistado…

Margarita. —Conquistando; en voz activa. En el amor y en el amorío, la iniciativa parte siempre del hombre. Psicológicamente, fisiológicamente, hasta biológicamente tiene que partir del hombre. Como decía, cuando vas por ahí conquistando corazones, no te das cuenta de que pudiera ocurrir que alguna, muy sentimental o muy tonta, te tomase en serio y hasta hiciese depender su felicidad de tus palabras.

Julián. —Como María, como Soledad, como Beatriz… ¡Bah!... Ya ves en qué vinieron a parar después de tanto pucherito y tanto lloriqueo a la hora de la despedida. María va por ahí muy oronda con su Joaquín, Soledad no puede acudir a ningún sitio sin su Tomás y Beatriz…

Margarita. —No hablo ni de María, ni de Soledad, ni de Beatriz…

Julián. —Entonces hablas de todas las mujeres y, por tanto, de ninguna…

Margarita. —Hablo de *una*.

(Julián se ha puesto serio de repente. En los labios de Margarita ve temblar un nombre y tiene que llevarse las manos al pecho porque muy adentro, ha sentido una punzada sutil)

Julián. —¿De *una*?

Margarita. —De *una*: Estrella…

(Margarita apenas ha pronunciado el nombre, se arrepiente de haberlo hecho. Su intuición de mujer ha presentido un cambio brusco en la frivolidad del amigo e, igual que a través de un cristal transparente, juraría que ha visto vibrar el alma de Julián. ¿Tendría este hombre, como el Aquiles de la leyenda clásica, su punto vulnerable?)

Margarita. —Perdona Julián… No quise ofenderte…

(Por de pronto, Julián se ha quedado mudo. Se diría que las últimas palabras de la amiga han resbalado sobre él, desapercibidas. Sus ojos han adquirido profundidad de agua mansa que reflejase muy hondo sombras de árboles o de nubes. Pero, inmediatamente se repone y como si se decidiese a una confesión, se yergue un poco sobre los almohadones como para dar énfasis a sus palabras)

Julián. —Me alegro de que hayas mentado ese nombre, porque así me das oportunidad de desnudar mi alma ante ti. Lo hubiese hecho antes de hoy, pero sé que, para ti, no soy más que el hombre de la frivolidad. Quizás no me hubieses creído y hubieses cometido conmigo la injusticia de pensar que estaba representando una comedia. La culpa la tengo, después de todo. Te he acostumbrado a mi aspecto de hombre que juega con almas y corazones igual que se juega con muñecas…

(Margarita no ha despegado los labios. Comprende que se halla delante de la Verdad y sabe que mejor de lo que pudieran hacerlo sus protestas más vehementes, ese silencio ha de convencer al amigo de la fe que pondrá en sus palabras)

Julián. —Al hablar de Estrella, acertaste al decir "una". En nuestras vidas, pueden penetrar algunas mujeres, muchas mujeres, pero por sobre todas ellas, siempre habrá *una*, que valiese por todas juntas. En mi vida, esa mujer es Estrella… No, no te sonrías irónicamente. A otros hombres habrás oído hablar en la misma forma y te crees curada de espantos. En eso cometéis las mujeres un gran error y, en ocasiones, una gran injusticia. Las palabras de unos hombres parecen copiadas de las de otros, sí, pero hay que tener en cuenta que las mismas palabras pueden tener distinto sentido. No quiero incurrir en la vulgaridad de jurar que hoy digo la verdad, pero sí, llanamente, sencillamente, como deben decirse las más grandes verdades, afirmo: Estrella es en mi vida la mujer que vale por todas…

Margarita. —¡Oh, en ese caso!...

Julián. —Sí, sí; te adivino. Piensas que si eso fuese verdad, sería sencillísima la solución. Yo amo a Estrella; Estrella me quiere a mí. Los dos pertenecemos a buenas familias y los dos tenemos dinero. Pareja ideal: lo único que hace falta es ir a la iglesia a que nos echen la bendición… En eso te equivocas. Eso que parece sencillísimo es lo más difícil. Es lo más difícil, porque amo a Estrella…

Margarita. —¡Hombre!…

Julián. —No es otra paradoja mía. No es más que una verdad llana

y sencilla como todas las verdades. Verás. Entre mis treinta y tres años y los diecisiete de Estrella median mi madurez vivida y su inexperiencia ingenua. Entiéndelo bien: no se trata del temor pueril de que, a vuelta de algunos años, cuando ella entre en su plenitud, me habré convertido en un viejo achacoso. Tengo bastante vanidad para creer que cuando me fallen los encantos corporales, sabré aprisionar a mi mujer con el encanto de mis dotes intelectuales. Mi miedo es que no podamos comprender, ella mis inhibiciones, nacidas de la edad —indiferencia, frialdad habrá de calificarlas ella quizá— y yo, sus caprichos, encantadores para su juventud, pero ridículos para los que habrán de ser entonces mis cabellos blancos. ¿Te das cuenta del enorme abismo sentimental que puede haber entre dos almas que se sientan, envejecida la una y en plena eclosión la otra? La felicidad conyugal, en su parte de alma, está hecha de perspectivas y esas no pueden ser idénticas para dos almas distanciadas por la edad. Si no nos amásemos, quizás la felicidad nuestra sería más fácil, porque entonces nos bastaría la mutua consideración, el respeto recíproco y no andaríamos enloquecidos de angustia tratando de darles a nuestros respectivos sentimientos torcidas interpretaciones… Pero como yo sé que mi amor por Estrella es el amor definitivo, más fuerte aún que el mismo primer amor, porque ya no lo habrán de desplazar otros amores después, y como soy lo bastante vanidoso para creer que Estrella ha de saber corresponderme con idéntico cariño, he cometido lo que en tu interior llamas mi última canallada y yo, en el mío, llamo con toda la soberbia de mi alma, mi mayor sacrificio. Sábelo Margarita: lo que me aleja de Estrella es el Amor…

(Crepúsculo. El cielo se ha teñido de violeta y en la vaguedad de las últimas luces, palpita la emoción de una infinita melancolía. Las palabras del hombre se han ido muriendo poco a poco, en una gradación de llama de cirio, y en su alma, paralelamente, ha ido penetrando un silencio tan hondo que hubiese sido fácil percibir el deshoje de una divina Ilusión…)